

D. TEODORO.

Hablarle claro, manifestarle vuestra repugnancia, el estado de vuestro corazón, vuestra voluntad....

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

¿La tuve nunca para mi padre? ¿ha indagado alguna vez mis gustos, mis inclinaciones? ¿ha dudado siquiera de que mis deseos puedan ser otros que los suyos? Ah; no, jamás lo ha hecho: celoso de una autoridad cuyos límites desconoce, creería comprometerla si se humillaba hasta el punto de consultar con su hija, lo que le era tan fácil ordenarla.

D. TEODORO.

¿Así se abusa de las leyes protectoras de la naturaleza! ¿qué más haría un tirano?

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

No culpemos su corazón; ¿existe acaso un padre que no quiera la felicidad de sus hijos?

D. TEODORO.

Entonces, ¿por qué la arriesgan tantas y tantas veces?

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

Porque se engañan en los medios; porque interpretan esas mismas leyes con que la naturaleza los autoriza; porque juzgan del corazón ajeno por el suyo, y porque hacen consentir nuestra dicha en lo mismo que los haría felices, como si fuera uno sólo el camino de aquella.

D. TEODORO.

Pero lo cierto es que don Vicente dispone de su

mano de usted, y que mi llegada á San Felipe no servirá de otra cosa sino de hacerme testigo de de mi propia desventura?

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

No desmayemos amigo mío: quién sabe si algún incidente afortunado.... ¿por qué no habla usted con mi padre?

D. TEODORO.

Si soy pobre, si no puede ofrecer sino un corazón amante y sencillo, ¿qué ventajas puedo esperar de esta determinación? Ya le dije á usted cuando nos conocimos, que era huérfano; que dependía enteramente de un tío, que seguía el comercio en Alicante; y que á su lado y con el tiempo.... pero el tal don Frutos es tan rico, y don Vicente tiene un deseo de salir de usted, que....

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

En fin, veamos lo que hace don Cómodo: quizá la frialdad con que le ha recibido mi padre no sea tanta como nos ha perecido.... á veces un momento de mal humor, una sorpresa.... luego las primeras impresiones se borran tan fácilmente....

## ESCENA XII.

FRANCISCO *con un lío de ropa y dichos.*

FRANCISCO.

Mal haya amén semejantes protectores.

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

Qué es eso Francisco, donde vas con ese lío de ropa.

FRANCISCO.

Ay señorita de mi vida, y qué chasco tan fiero!

D<sup>ca</sup> JUANITA.

Expílicate, ¿qué te ha sucedido?

FRANCISCO.

Que su padre de usted se ha puesto como un Lucifer cuando me ha visto en la cocina, y me vuelve á echar de casa, y... ¡qué bochorno! la culpa me tengo yo de haberme fiado de aquél farolón....

D<sup>ca</sup> JUANITA.

Bien sabe Dios que no te entiendo.... ¿que papá te había vuelto á recibir?

FRANCISCO.

No señora, pero don Cómodo lo hizo en nombre de su merced, y....

D<sup>ca</sup> JUANITA.

¿Y lo sabe papá?

FRANCISCO.

Pues hay está el ítem; que cuando me vió, solo me preguntó, que hacía allí, y.... vamos sin enfadarse ni por asomó.... pero en cuanto le dije que su amigo me había recibido en su nombre, le dió tal coraje que agarró el asador y gracias á doña Damiana que se puso de por medio, que si no me enfila como si fuera una polla de leche.

D<sup>ca</sup> JUANITA.

¿Con que de nada te sirvió su recomendación?

FRANCISCO.

Sí señora, me sirvió para que me echasen más pronto.

D. TEODORO.

Oye usted, Juanita mía. *Aparte.*

FRANCISCO.

Y me parece que lo mismo adelantará todo el que sea bastante desdichado para necesitar de su apoyo. ¡Mas ay! el amo viene, voyme, no sea que se repita la escena de la cocina, que en casa de un hidalgo, nunca faltan asadores.

### ESCENA XIII.

DOÑA JUANITA Y DON TEODORO.

D. TEODORO.

¿Y yo, me voy ó me quedo?

D<sup>ca</sup> JUANITA.

Más vale que se quede usted; porque si algún criado le ha visto entrar, lo contará seguramente y.... bueno será además que conozca usted á mi padre, y que él le conozca para.... silencio que ya llega.

ESCENA XIV.

DON FRUTOS, DON VICENTE, DOÑA  
DAMIANA, MARTINA *y dichos.*

D. VICENTE.

¿Donde está, donde está ese caballero que ha  
tenido la insolencia de recibir para servirme, un  
criado que yo mismo había despedido....?

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Tranquilícese usted, ya Francisco se ha ido, y..

D. VICENTE.

Y ha hecho divinamente, porque de lo contra-  
rio....

D. FRUTOS.

No apruebo sin embargo, que se alborote usted  
acabado de comer, y cuando la digestión....

D. VICENTE.

Y quién tiene bastante paciencia para aguantar  
lo que me sucede?

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Pero señor....

D. VICENTE.

Pero señora, usted que es una mujer de razón,  
¿cómo ha podido permitir que se haya hecho en  
mi casa lo que se ha hecho?

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Si dijo que era un amigo íntimo de su merced,  
y que era....

D. VICENTE.

¡Qué amigo, ni qué calabaza! ¿acaso tiene traza  
de amigo?

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Oh, lo que es eso, no señor; más la tiene de  
alojado imperial, según nos trata á la vaqueta,  
que no de.... pero lo afirmaba tanto que era pre-  
ciso creerlo ó matarlo.

D. VICENTE.

Pues matarlo, antes que creerlo.

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Ya con eso medio termino.... pero en fin, se-  
ñor don Vicente, la cosa no tiene remedio, y su-  
puesto que el tal don Cómodo parece que nos deja  
respirar algún tiempo, sería yo de dictamen que  
tomásemos nuestras medidas para evitar nuevos  
inconvenientes.

D. VICENTE.

Sí, no se descuide usted; cierre usted con llave  
los cofres, los armarios, la despensa, el palomar..  
en fin todo cuanto pueda ser saqueado, y sin olvi-  
darse de las gallinas.

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Empezaré por ellas; pues no tardará en vol-  
ver el milano, y entonces... pero Dios mío! qué  
tenderete de ropa es estel

D. FRUTOS.

Alguna nueva hazaña de nuestro huesped.

D. VICENTE.

Mis calzones de pana por el suelo ¡vaya, hasta ahí podían llegar las chanzas!

D.<sup>a</sup> DAMIANA.

Y también la chupa de raso punzó.

D. VICENTE.

Cuál, ¿la de los jueves santos?

D.<sup>a</sup> DAMIANA.

La misma.

D. VICENTE.

Por vida de....

D. TEODORO.

Malísima ocasión hemos escogido. *Ap.*

DOÑA JUANITA.

Endemoniada. *Aparte.*

D. VICENTE.

Pero Juanita, tú que te quedaste con ese hombre, no nos podrás descifrar semejante misterio?

DOÑA JUANITA.

Nada más fácil: don Cómodo tenía que salir á yo no sé qué diligencia, y no encontrando su levita tan pronto como necesitaba, abrió ese armario para buscar otra que ponerse, y...

D. VICENTE.

No la hallaría afortunadamente; porque nunca me han gustado las levitas.

DOÑA JUANITA.

Es verdad, pero encontré la casaca nueva, se la puso y se fué sin cuidarse de la ropa que se sacó primero.

D. VICENTE.

Esto solo me faltaba.

D.<sup>a</sup> DAMIANA.

Con todo, usted debió señorita recogerla y colocarla nuevamente en el armario, para que el daño no fuera tanto.

DOÑA JUANITA.

Eso quise hacer, mas luego entró el señor....

D. VICENTE.

¡El señor! y ¡quién es el señor!

D. TEODORO.

Un servidor de usted que deseaba hacia mucho tiempo el honor de... no se qué decirle. *Aparte,*

D. VICENTE.

Suplico á usted que deje á un lado los cumplimientos y me diga en lo que le puedo ser útil.

D. TEODORO.

Yo.... me llamo Teodoro de Guzmán y mi padre se llamaba....

D. VICENTE.

Llamárase como se llamara, el nombre no hace nada.

D. TEODORO.

Es verdad, pero mi familia es tan conocida en Alicante....

D. VICENTE.

¿Qué es usted de Alicante....

D. TEODORO.

Si Señor

D. VICENTE.

Y viene usted ahora de allá?

D. TEODORO.

Hoy mismo he llegado.

D. VICENTE.

¿Quizá con don Cómodo?

D. TEODORO.

Cabalmente: es un amigo de mi casa, y....

D. VICENTE.

¡Santa Bárbara! amigo de su casa de usted....  
pues señor, no necesito saber más.... vámonos  
don Frutos y en una de las piezas interiores, es-  
peraremos con resignación á que pase este nubla-  
do de amigos que amenaza nuestras infelices ca-  
bezas.

D. TEODORO.

Suplico á usted que me escuche siquiera dos  
palabras.

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

Pero papá, considere usted que....

D. VICENTE.

No permita Dios que yo considere nada.... ami-  
go de don Cómodo, eh? preciosa recomendación  
don cierto, para que no pare de correr hasta pasa-  
po mañana.

ESCENA XV.

Dichos y RODRIGO.

RODRIGO.

Señor don Vicente, con permiso de los señores,  
quisiera....

D. VICENTE.

¡Otra embajada!

RODRIGO.

Que si á su merced le parece, concluyémos  
aquel asunto.

D. VICENTE.

Ya le dije á usted....

RODRIGO.

Bien veo que su merced tendrá ganas de des-  
cansar.

D. VICENTE.

Si señor, y son muchas las que tengo, pero  
cansado ó descansado lo cierto y seguro es....

RODRIGO.

Vaya señor don Vicente, una firma pronto se  
echa.

D. VICENTE.

¡Cómo, una firma! ¿qué papel es ese?

RODRIGO.

La escritura para la compra de la huerta: ya  
tengo aquí los doce mil reales, y luego que su  
merced la firme, los contaremos y punto concluido.

D. VICENTE.

Pero hombre, ¿qué está usted charlando? ¿quién le ha mandado á usted extender esa escritura? ¿quién le ha dicho á usted que yo quiero dar mi huerta en tan bajo precio?

RODRIGO.

Ya sé yo que su merced querrá, y que firmará el papel, y que....

D. VICENTE.

Vióse jamás semejante desvergüenza: con que usted sabe....

RODRIGO.

Toma, cuando el señor don Cómodo me ha empeñado su palabra....

D. VICENTE.

¡Don Cómodo! venga la escritura.

RODRIGO.

Aquí está.... ¡que la rasga usted!

D. VICENTE.

Si señor, pues aunque me conviniera la venta de la huerta en los términos que expresa la escritura, bastaba en don Cómodo se hubiese mezclado en el asunto, para que yo no la firme en mi vida.

ESCENA XVI.

*Dichos menos* DON VICENTE y  
DON FRUTOS.

RODRIGO.

¡Qué chasco tan terrible! ¿y quién le pagará ahora al escribano su trabajo?

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Buena pregunta; quien se lo haya encargado!

D. TEODORO.

¡Y que yo me haya expuesto á este desaire, por haberme fiado de un loco! no sé cómo contengo mi cólera.

DOÑA JUANITA.

Ay Teodoro, bien me temía yo lo que nos había de suceder

MARTINA.

Y donde me dejan ustedes á el pobre Francisco que después de haberse llevado el alegrón, ha tenido que echar á correr de nuevo y ya.... sin esperanzas de mejoría en su suerte; ¿porque quién es el guapo que se atreve á interesarse con el amo en favor suyo?

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

No seré yo á buen seguro.

D. TEODORO.

También es preciso confesar que este hombre ponderaba de tal modo su amistad, su protección,

que casi parecía un exceso de desconfianza la duda más natural y sencilla.

DOÑA JUANITA.

Es verdad, pero bien caro nos hace pagar nuestra credulidad.

D. TEODORO.

Vamos, no quiero pensar en ello; porque es tal mi resentimiento que si ahora mismo se presentase delante de nosotros, me parece que....

### ESCENA XVII.

DON COMODO, FRANCISCO y Dichos.

D. CÓMODO.

Ven acá, grandísimo majadero y repíteme delante de estos señores la sarta de desatinos con que me has saludado al pie de la escalera.

FRANCISCO.

Los repetiré, sí señor, y tanto como los repetiré, y me darán la razón, y afearán vuestra sinrazón, y....

D. CÓMODO.

¿Qué razón ni qué sinrazón son esas, maldito, que más pareces agente fiscal que no otra cosa? ¿puedes negar que tu amo me ha recibido perfectamente, y que nuestros asuntos van á pedir de boca?

FRANCISCO.

No sé como irán los asuntos de su merced, pero

en cuanto á los míos van á pedir de barriga, y si me descuido....

D. TEODORO.

Ya no hay paciencia que baste para escuchar semejantes delirios. Señor don Cómodo usted me ha comprometido.

D. CÓMODO.

Como que quiero casar á usted.

D. TEODORO.

Y por usted me veo arruinado, despreciado, insultado y echado para siempre de esta casa.

D. CÓMODO.

¿Y todo eso le ha pasado á usted por culpa mía?

D. TEODORO.

Sí señor; porque si usted no me hubiese lisonjeado vanamente con ilusorias esperanzas, no me hubiera sucedido....

D. CÓMODO.

Pero qué diablos le ha sucedido á usted?

D. TEODORO.

Que don Vicente me ha vuelto las espaldas, luego que supo nuestra malhadada intimidad.

D. CÓMODO.

¿Pues no quiere usted que mude nunca de postura? ¡también es buena la aprensión!

D. TEODORO.

Y se fué dejándome con la palabra en la boca.

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

Y dijo que no le quería volver á ver.

RODRIGO.

Y rompió la escritura que el escribano acababa de extender y que no he pagado todavía.

FRANCISCO.

Y antes me quiso ensartar en el asador.

MARTINA.

Y después lo ha vuelto á despedir.

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Y ahora y luego y siempre le aconsejo á usted que nos deje en paz; porque desde que le conocemos parece que nos han echado una maldición.

D. CÓMODO.

Que me maten si entiendo semejante algarabía: preciso es que haya aquí alguna equivocación, algún... pero todo esto se compone bien pronto, vénganse ustedes conmigo, buscaremos á don Vicente y en su presencia....

D. TEODORO.

No seré yo tan loco que me exponga de nuevo á su justa cólera.

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

Ni yo.

D. CÓMODO.

Qué cólera, ni qué calabaza.... en cuanto yo le diga á Vicente dos palabras.

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

¿Acaso las querrá escuchar?

D. CÓMODO.

¿Pues no ha de querer? Vaya, síganme ustedes y no les pesará.

D. TEODORO.

¿Y hemos de ir todos?

D. CÓMODO.

Todos, y aun son pocos para los que yo quisiera.

D. TEODORO.

¿Qué le parece á usted Juanita mía, deberemos exponernos?...

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

Si señor, y por lo menos tendremos el consuelo de presenciar un completo desengaño.

D. TEODORO.

Pues vamos.

D. CÓMODO.

Vamos, pobre gente, vamos, y no desconfíen; porque aunque Vicente no quiera, me ha de querer de por fuerza, tanto como yo le quiero.

